

EN UN DÍA, UN UNIVERSO

Querida mía:

Hoy hemos pasado un día de vacaciones en una aldea blanca de nuestra sierra y sucedió algo que voy a decirte para que tú lo leas, espero que dentro de muchos años.

Fue una tarde suave de verano, de esas de horas perezosas que parecen interminables. Estuvimos en las afueras del pueblo, esperando a la caída del sol. Solos nosotros dos.

El aire era cálido e iba y venía pacífico por la dehesa, envolviendo las suaves lomas y esparciendo fragancias y rumores por doquier; nosotros, sentados en el suelo, abrazados, esperábamos el ocaso para contemplar el cielo estrellado.

Anocheceía tan despacio como si no fuera a acabarse nunca el anochecer.

Cuando cayó el sol tras el horizonte y nos miramos, ¡sentí un amor tan colmado y perfecto! Resplandeció en mi corazón y esa luz llegó hasta la última célula de mi cuerpo.

Fue un afecto tan poderoso que hubiera sobrecogido al mismo Hércules.

Me sorprendió, al vuelo, una agonía que vino a enlazarse a mi garganta. Regresé mi vista a la sierra y le demandé al cielo, implorante: «¡detén este momento!». Quise permanecer así, así siempre: escuchando el murmullo de las aves nocturnas, oteando la línea de los montes más altos recortarse en el cielo, sintiendo la brisa, mirando tus ojos. Mi alma gritó: «¡que no pase el tiempo!».

Discutí con el sol laborioso, ya oculto; con su luna cómplice, preparaba un mañana y lo trastocaba todo, planeaba estaciones, tormentas, canículas, vientos... Pretendí que detuviera su viaje interminable. «¿No ves que quiero capturar el aire de este instante?», le dije al astro.

¿Hay alguien que pueda parar esto antes de que sea solo recuerdo fugitivo, huella imposible de seguir, impresión errada?, eso pedí a la estrella más brillante del firmamento. No quería olvidar porque ese olvido era la muerte.

«Estemos quietos, en silencio», te susurré al oído, y te así con fuerza y ternura a la vez. Me figuré una foto fija de ese amor para enterrarla bajo un viejo acebuche donde pudiera arraigar y dar su fruto. Contra él no podría el hastío, ni la traición, ni el desgaste del tiempo. Soñé con ese minuto cautivo entre sus raíces.

Además, te pedí escribir nuestro amor en el polvo y en el viento. Yo acaricié tus cabellos y sentí su perfume, y fue tu esencia lo que volvió perenne lo efímero.

Luego, en la aldea, en nuestro cuarto, tu piel de encaje en mi piel y el milagro de ser solo uno de nuevo. Me da miedo haber pasado contigo una dicha igual; me da miedo, por si no regresa.

Después, ¿qué vendrá después? Hay quien dice que el dolor, el abandono. ¿Nos sucederá a nosotros? No, te lo juro que no nos sucederá.

Cogeré esta carta, la meteré en un cofre y lo cerraré con una llave que irá conmigo toda la vida hasta que, cuando no pueda más y ya mi corazón esté por dar sus últimos latidos, te entregaré esa llave para que leas esto.

Así sabrás que tú fuiste amada como las grandes que en este mundo han sido amadas. Porque, que me faltes tú primero, vida mía... ¡nunca!

¡Eso lo imploré aquella tarde, perdido en tus dos luceros!

Tu esposo.

Emy Barraca